

De la huella africana en Colombia*

Aurelio Alonso**

Estoy convencido de que el título que he dado a esta nota no responde al propósito ni al alcance ni al contenido de la obra que intento comentar en las líneas que siguen. Lo escojo porque creo que puede sugerir una pista segura al lector para orientarse en los vericuetos, la riqueza y la diversidad narrativa a través de la cual se devela aquí la ruta y el destino del esclavo africano, el significado de la presencia y el futuro de su huella en Colombia y, a través de Colombia, o más exactamente como en Colombia, en la totalidad del continente latinoamericano. Es probable que el lector no lo necesite, pero a mí me costó prepararme, en las primeras cien páginas, para las que vendrían después, donde un historiador convencional posiblemente hubiera colocado al comienzo. Hasta el punto de preguntarme si los autores pretendían llevarme a navegar, sin advertencia expresa, entre la historia y la ficción. Al final puedo asegurar que me beneficié, en su lectura, de un verdadero desafío de reconstrucción.

Y es que no nos encontramos ante la obra de un historiador aislado, sino en plena comunión con los poetas, y entre ellos quien la ha asumido como “editor general” de este ensayo de más de 400 páginas, que acredita desde la solapa misma del libro una autoría de 31 inte-

lectuales reconocidos. Una verdadera obra colectiva donde los autores que responden por secciones y artículos diferenciados reciben los créditos solo al final. Como si otra cosa pudiera obstaculizar la solución fluida de una totalidad hilvanada con una impecable coherencia y un encanto que delatan la calidad de las plumas involucradas en la obra, comenzando por la de Roberto Burgos Cantor. Y una voz objetando que “[e]se silencio consciente de la historiografía presenta a los esclavizados como simples piezas de una economía y no como lo que realmente fueron, seres humanos con prácticas y saberes, portadores de una cultura y creadores de conocimiento” (p. 179). Y en qué medida,

[d]esde diferentes perspectivas temáticas y metodológicas se descubre aquí la manera como se ha ido tejiendo la participación de la población afrodescendiente en la vida nacional. Rutas que pasan por la ignominia de la esclavitud, pero que no se detienen ahí; rutas que continúan siendo construidas y conquistadas, rutas que convocan y reclaman, que cantan, bailando, la libertad. Rutas ambiciosas de reconocimiento, rutas en las que todos nos podemos encontrar (p. 14).

* Roberto Burgos Cantor (Ed.) (2010). *Rutas de libertad. 500 años de travesía*. Bogotá: Ministerio de Cultura y Pontificia Universidad Javeriana. Las páginas referenciadas en este ensayo pertenecen a este título.

** Sociólogo y escritor cubano. Licenciado en Sociología en la Universidad de La Habana. Integrante del Consejo de Dirección de la revista *Pensamiento Crítico*. Autor del libro *Iglesia y política en Cuba revolucionaria*. Es investigador titular del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS) y profesor titular adjunto de la Universidad de La Habana.

La recuperación de Cartagena en 1815 por las tropas hispanas costó, entre las muertes y el éxodo, que la población disminuyera a la mitad

La obra consta de seis partes, con cierta independencia, cada una dividida en epígrafes, con viñetas insertadas, y con una selección de fotos y grabados que sazonan en tono anecdótico la aproximación al tema del epígrafe en cuestión. Cada una de las seis partes se inicia con un extracto que anuncia su contenido y justifica su colocación. En la primera, a cargo de Alfonso Múnera Cavadía, titulada “Emancipaciones”. Leemos que “empezar este libro por la gesta de independencia nacional es subrayar la conquista de la libertad como un logro complejo sobre el cual los afros tenían ganada una experiencia ejemplar” (p. 19). Nos relata en ella el establecimiento del Reino Zambo de Esmeraldas, que abarcó, a mediados del siglo XVI, la vasta región esmeraldeña colombiana y ecuatoriana donde negros e indios sublevados vivieron en armonía, reino que fue foco de atracción para los esclavos de las minas y haciendas del Valle del Cauca. Coyuntura esta que, como otras, trasciende al cimarronaje y al palenque, los cuales tampoco faltaron en abundancia en esta trama.

El siguiente epígrafe lo dedica a Cartagena, que fuera durante un siglo una gran factoría de esclavos africanos destinados a las minas de oro de Antioquia y Chocó y que “operó como un puerto receptor de esclavos hasta la segunda década del siglo XIX” (p. 191), desde donde era transportada la carga humana por el Magdalena hasta Mompox, y algo más allá. Esto convirtió a las tierras próximas en escenarios de fugas y apalancamiento. Se puede comprobar que en

los primeros años de la lucha emancipadora la participación de los esclavos fue importante, y que después del 2 de noviembre de 1811, cuando se proclamó la independencia “absoluta” de Cartagena, el asenso social de los negros y mulatos fue tan notorio que sentó precedente. Antes de la asamblea constituyente de 1812 el líder más destacado del pueblo cartagenero había sido el herrero mulato Pedro Romero, conocido como “El Matancero” por ser oriundo de ese territorio cubano. Romero tuvo que emigrar a Haití con varios miles de afrocolombianos cuando se produjo la toma de la ciudad por el general Morillo, y allí murió (p. 68). La recuperación de Cartagena en 1815 por las tropas hispanas costó, entre las muertes y el éxodo, que la población disminuyera a la mitad. No obstante, en 1821, el pueblo cartagenero se alzó de nuevo para una segunda independencia bajo las órdenes del almirante José Prudencia Padilla, mulato colombiano nacido en la urbe, a quien el Libertador otorgara poderes extraordinarios.

He citado los relatos de Esmeraldas y Cartagena por considerarlos más significativos de la sección, pero como no me toca resumir, sino reseñar, debo pasar ahora a decir algo de la segunda parte, donde los autores se remontan a las raíces en el sentido más lato del término. Bajo el título “Orígenes y alumbramientos”, el historiador Rafael Díaz Díaz comienza por contarnos cómo Sunjata Keita, convertido al Islam, desarrolló las ciudades de Gao y Tombuctú en el reino de Mali, hacia el primer cuarto del siglo XIII, en dos centros de la cultura mandinga, “los mandinga”, afirma Díaz, “trajeron conocimientos muy refinados” (p. 113) que serían de importancia en la historia ulterior de Colombia. También del reino de Benin, las ciudades-Estado de la confederación Yoruba, del Mani Kongo y el Gran Maccocco. No todo fue de raíz yoruba y bantú, nos insiste, en la afrocolombia, y reitera la presencia de mandingas, fulos, yolofo y otras etnias. Más de diez millones de seres humanos fueron secuestrados (en quince lo calculan otros autores, y el mismo ensayo no creo que se atenga a una estadística precisa: no puede existir estadística precisa), mediante una “trata” esclavista (nombre que acuñó España para aquel criminal comercio). Que los

destinaba, primero, a las explotaciones mineras (y a las haciendas, en la economía agropecuaria, en distintas fases) y, con posterioridad, a medida que la plata y el oro se agotaban, a la plantación, donde el maltrato, más brutal aún que en las minas, se intensificaría.

La costa del Caribe fue la región de mayor mezcla racial de todo el territorio colombiano, dado que fue el espacio de mayores y principales entradas de los europeos, con sus mercancías, con sus esclavos y también por sus puertos de Cartagena y Santa Marta, por donde fluyó hacia el exterior el oro de las explotaciones de Antioquia y Popayán (p. 145).

La tercera parte del libro, titulada “Diásporas”, cuya coordinación también tocó al historiador Díaz Díaz, describe los movimientos migratorios de los negros (ya no solo esclavos libertos y cimarrones, sino, junto a zambos y mulatos, cada vez afrodescendientes en sentido estricto) en el Caribe y el Pacífico colombianos. La nota introductoria nos dice:

Entonces los impulsos de la libertad los llevaron a explorar estas tierras, a adentrarse en sus selvas húmedas y densas, a congregarse y a establecer formas de convivencia, a conocer los ríos y a establecer rutas. A peregrinar de un lado a otro para fundar el sosiego y reconocerse en un mundo que después de impuesto lograron apropiarlo (p. 177).

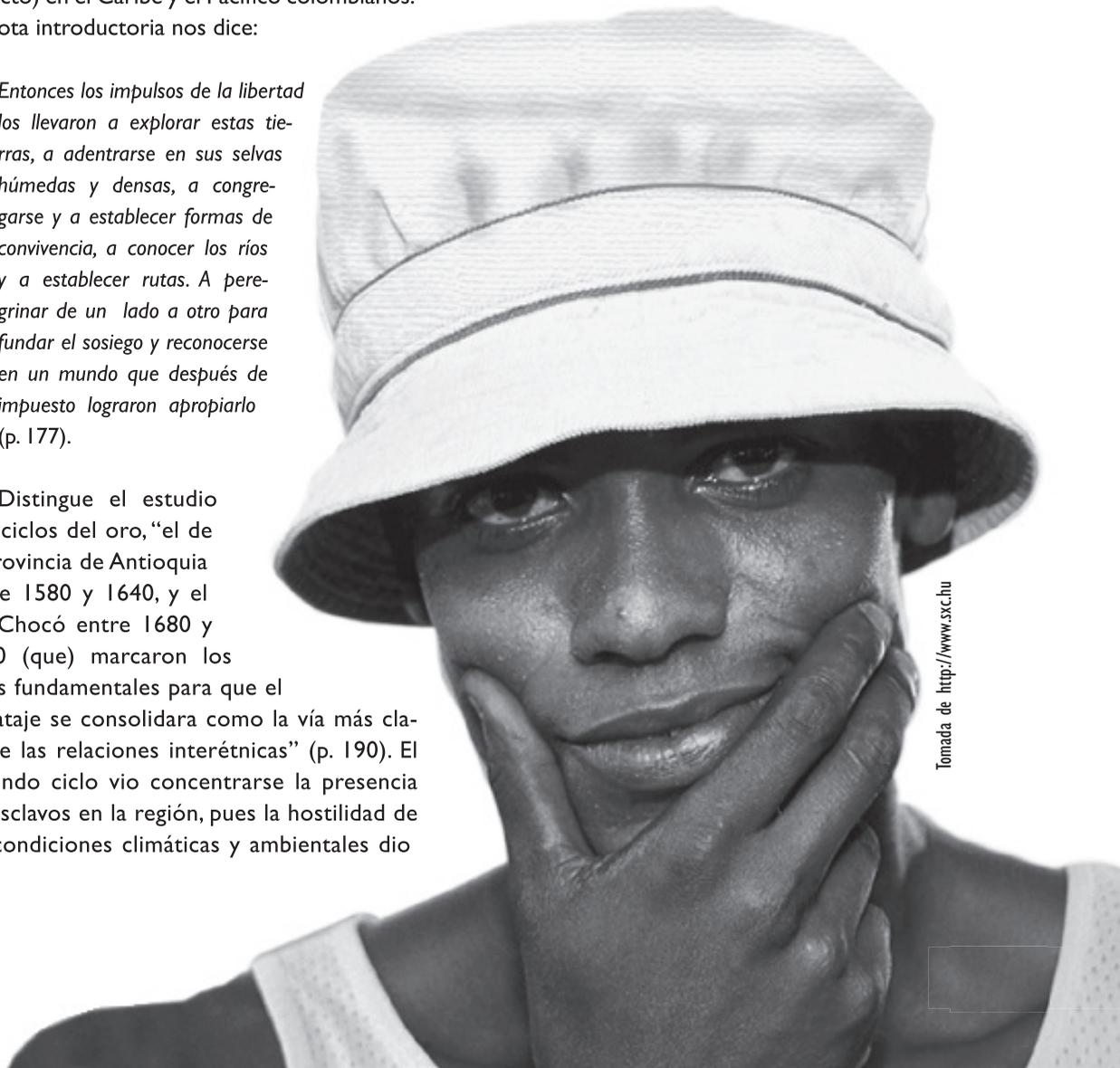
Distingue el estudio dos ciclos del oro, “el de la provincia de Antioquia entre 1580 y 1640, y el del Chocó entre 1680 y 1800 (que) marcaron los hitos fundamentales para que el mulataje se consolidara como la vía más clara de las relaciones interétnicas” (p. 190). El segundo ciclo vio concentrarse la presencia de esclavos en la región, pues la hostilidad de las condiciones climáticas y ambientales dio

lugar a que el blanco se mantuviera alejado y administrara sus minas desde Cali, Popayán, Buga y Medellín.

La diáspora abarca ya el tratamiento de la expansión cultural más asentada, especialmente de la danza y la música, e influencias religiosas de origen africano a lo largo de esta franja que se extiende desde Cartagena entre el Magdalena y el Pacífico y que abarca Urabá, Chocó, el Valle del Cauca y Nariño.

“Con el transcurso del tiempo y los desplazamientos, causados por la tiranía ajena o por las fugas de libertad, los afros poblaron los territorios” (p. 219), son las palabras iniciales de la nota que abre la parte cuarta de la obra “Territorios”.

Comienza esta sección, cuya coordinación debemos al poeta y narrador Alfredo Vanín Romero, con dos magníficas viñetas: familiariza la primera al lector con ese río de caudal insospechado,



flanqueado por tupidas forestas, cuya desembocadura marca el comienzo geográfico del Caribe colombiano: “El Atrato”. La segunda introduce como exergo un poema de Derek Walcott: “¿Alguna vez al mirar desde una playa desierta/han visto una goleta lejana?”, y nos devuelve al recuerdo del velero de unos sesenta pies que acortaba las costas del Pacífico y acercaba a la insularidad antillana, donde se asocian el valor de pasajero y el de los marinos, quienes “de 1901 a 1967, para navegar, dependían de la brújula, el sextante, el cronómetro, la regla paralela, las cartas marinas, los días soleados y las noches estrelladas” (p. 223). Hasta avanzado el pasado siglo gran parte de la economía del país se movía por el río Magdalena, y las goletas poblaban sus puertos fluviales.

La “invención de América” comienza –según constatan Burgos y sus colaboradores– en la invención del Caribe, que “desde el imaginario europeo (...) no podía ser negado ni invisibilizado, aunque sí tenía que ser inventado y manipulado” (p. 237) frente al Pacífico, el lado oscuro que quedaba atribuido en términos de espacio natural. En todo caso, fueron de los

[...] mundos afros que la colonia abría y cerraba según la necesidad de mercancía humana [...]// Barranquilla se convirtió en la metrópoli del Caribe. Buenaventura, que devino el primer puerto colombiano en la segunda mitad del siglo XX, se convirtió en la metrópoli del Pacífico [...] (p. 233).

O, como se dice antes, “[e]n ambos lados y por las mismas épocas se levantaron los esclavos” (p. 233). Dejo en manos del lector descubrir los caminos de libertad, y las diferencias de la estructura productiva que el libro describe en función de mostrar su incidencia en el poblamiento y el arraigo afrodescendiente.

Arribamos así a la quinta parte de la obra, las “Celebraciones”, coordinada por Darío Henao Restrepo, a través de las que “se corrió el límite del infinito.// Aquí los afros pusieron sus pertenencias y fecundaron y engrandecieron este mundo” (p. 321), consagra la sinopsis.

La música y los instrumentos: en el Chocó y la costa del Pacífico la chirimía y la marimba, el maquerule, el currulao y el bambuco; en el



Vista aérea del puerto de Cartagena. Tomada de: <http://www.atlasdemercia.com/index.php/secciones/8/el-transporte-y-las-vias-de-comunicacion/3/>

Caribe la cumbia, el vallenato, el fandango y el bullerengue; el Calipso en las islas de San Andrés y Providencia. “La rumba y el son llegaron del Caribe, de la Cuba musical, ungida por herencias africana y española, en el Chocó las hicieron propias, y la rumba siguió de largo hacia el sur” (p. 326).

Desde los años cuarenta del siglo pasado la intelectualidad negra y mulata colombiana lucha por la recuperación de la memoria y el reconocimiento de los valores de millones del aporte de la descendencia africana. Manuel Zapata Olivella –“aprendiz de médico y de boxeador, antropólogo a ultranza”– logró que el poeta Sédar Senghor, presidente de Senegal, le autorizara a dormir en una de las edificaciones donde eran concentrados los esclavos antes de ser transportados en las naves negras, y cuenta, en uno de sus libros, cómo “sintió el viento enfermizo de la desolación, el dolor de la captura y las cadenas, la muerte por canibalismo que presentían los africanos que estaban en turno de ser traídos a América” (p. 231). Eran ellos mismos víctimas ya del mito de la antropofagia caribeña que desencadenó el diario del primer viaje de Colón. Por ello pudo afirmar que ““la presencia africana no puede reducirse a un fenómeno marginal de nuestra historia”. Su fecundidad inunda todas las arterias y nervios del nuevo hombre americano” (p. 341). Los autores de este libro consideran a la novela *Changó, el gran putas*, de Zapata Olivella, como el recuento más ambicioso de la saga del medio milenio recorrido desde el comienzo de la trata africana hasta los movimientos civiles de los negros norteamericanos del siglo XX.

No alcanza a tocar, lamentablemente, en su libro publicado en 1983, la victoria sobre el

La costa del Caribe fue la región de mayor mezcla racial de todo el territorio colombiano, dado que fue el espacio de mayores y principales entradas de los europeos, con sus mercancías, con sus esclavos

apartheid pocos años después, la cual constituye la más gloriosa reivindicación contra el racismo en el propio continente africano.

De la sexta parte, “Íbamos ciegos”, resumen, conclusión, identificación de sentido, las quince páginas de Roberto Burgos Cantor con las cuales cierra *in crescendo* este monumental experimento literario, digno homenaje colombiano al año afrodescendiente, voy a permitirme reproducir, para el lector de estas líneas, las palabras finales:

Ya no llegué ahora mismo ni desconozco como fue. Ahora soy aquí. Visible y con voz. Capaz de desenterrar el sufrimiento y la injusticia. Con sueños para enfrentar la negación. Con experiencias para mejorar el mundo. Cuento y canto mi historia, que es la tuya (p. 412).

Referencias

BURGOS CANTOR, R. (Ed.) (2010). *Rutas de libertad: 500 años de travesía*. Bogotá: Ministerio de Cultura y Pontificia Universidad Javeriana.

ZAPATA OLIVELLA, M. (2010). *Changó, el gran putas*. Bogotá: Ministerio de Cultura. ■